

CAMINOS CRUZADOS

Erlantz Gamboa

PREMI  CONFIDENCIAL
PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA

Caminos cruzados



Caminos cruzados

Erlantz Gamboa

Rocaeditorial

© 1983, Erlantz Gamboa

Primera edición: marzo de 2010

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-105-9
Depósito legal: M. 2.235-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

El novato Cristóbal Casares salió a la calle corriendo, despa-
vorido, y rodeó la casa. Apoyó la cabeza en la pared trasera,
echó todo el cuerpo hacia delante y se llevó la mano izquierda
a la garganta. De lo más íntimo de su ser surgió el problema, y
con lujo de espasmos logró expulsarlo. En unos segundos vació
su estómago sobre los geranios del jardín. Tardó en enderezar-
se, y, cuando lo hizo, lanzó un soplo, casi un relincho. Luego
volvió a rodear la casa y se detuvo en la esquina. En el porche
estaba Mauricio Torres, dándose aire con su quepis. Casares no
veía su propio rostro, pero suponía que estaría tan cerúleo
como el de su compañero. Éste, al menos, había soportado la
náusea, aunque a duras penas; pero sin duda había compartido
el mal rato.

El joven, de poco más de veinte años, pelo rojizo, cara de
niño y mofletes abultados, durante unos segundos, mientras
su estómago regresaba a la normalidad, evitó mirar hacia atrás
y recreó sus pupilas en el campo que tenía ante sí. Estaba en las
afueras de Figueroa, un pequeño pueblo campesino, situado a
seiscientos veinte kilómetros de Ciudad Valdés, en medio de
un llano árido que esperaba con ansia la época de lluvias. La
planicie se la repartían varias casas de labranza, algunas de des-
canso, y muy poco más hasta donde alcanzaba la vista. La casa
de la que había salido era una de las más alejadas de la carrete-
ra del sur. Pequeña, con un jardín bastante arreglado, casi nada
de terreno de cultivo, con cuatro frutales en la parte de atrás y
un gran porche delante, constituía un lugar de descanso más
que una granja del estilo de las vecinas. Frente a la casa estaban
estacionados dos automóviles: el del vecino que los llamó y el

suyo, el que Cristóbal conducía desde hacía tres semanas, en el que llegó acompañado de Torres y de Enrique Carvajal, el jefe. Y a su espalda..., aquello, el motivo de que hubiera arrojado el desayuno entre los geranios. Sucedió un lunes y temprano, lo que suponía muy mal inicio de semana.

—Jamás había visto... algo semejante —musitó, en un momento en que la arcada no acosaba su garganta.

Lentamente, arrastrando los pies, aún receloso de que su estómago volviese a rebelarse, se dirigió a la casa. Se detuvo ante los dos escalones que conducían al porche y miró a su compañero, un tipo alto y flaco, con cara caprina y pelos que desconocían el peine. Cristóbal, al contrario, se peinaba, lavaba y acicalaba cada mañana, porque hacía poco que trabajaba de policía y consideraba, todavía, que la apariencia era importante en un representante de la ley.

—Es algo horrible —susurró Cristóbal.

Torres asintió con la cabeza. Él no vomitaría, pero sentía unos mareos que le impedían hablar.

—¿Y el jefe? —preguntó Cristóbal.

8

—Está dentro. Él tiene costumbre, porque trabajó en San Pedro.

Era creencia popular que en la capital sucedían cosas horribles, mientras que en los pueblos se contentaban con unos atropellados y alguno que se caía a un pozo. Eso estaba cambiando, y ellos eran testigos.

—Nunca había visto tal atrocidad.

Una voz grave llegó hasta ellos, procedente del interior de la casa. No entendieron lo que decía, pero podían jurar que los llamaba. El jefe no quería estar solo, o seguramente les encargaría algún cometido, aunque ellos dos no adivinasen cuál.

—Tenemos que entrar —dijo Torres.

—No podré dormir esta noche.

—Es dura, muchacho, la vida de un policía es dura. Nos toca lo peor, y nadie lo agradece.

Torres era un filósofo agrario, uno de los muchos que dicen frases con un gran contenido aunque parezcan de una simpleza mayúscula. Pero encierran un saber de siglos, la suma de generaciones de gentes componiendo sentencias profundas, que extractan la complejidad de la existencia humana. Cristóbal es-

taba acostumbrado a tales máximas, por lo que solamente asintió con la cabeza, mientras entraban en la casa. Su padre opinaba lo mismo, pero los protagonistas eran los campesinos, y su tío decía que la vida de militar era rigurosa y llena de sacrificios, por lo que la frase podía quedarse en: la vida es dura, para unos mucho más que para otros.

Atravesaron el vestíbulo y se detuvieron ante dos puertas: una daba a la sala, y otra, a la cocina. El jefe estaba en el umbral de la segunda, contemplando el interior. Y éste era digno de ser contemplado, porque ofrecía un panorama dantesco, algo así como un matadero en una jornada de mucho trabajo. En un rincón, junto al frigorífico, un hombre estaba pegado a la pared, amarrado con cuerdas que sujetaban sus muñecas al aparato de refrigeración. Era de suponer que estuvo de pie, cuando pudo mantenerse así, pero en la actualidad yacía en el suelo, sobre un gran charco de su propia sangre. Tenía la cabeza apoyada en la nevera y miraba hacia delante. Podía decirse que miraba, por la dirección de la faz, si bien nada veía, pues carecía con qué mirar. Además de que estaba muerto, para mayor ultraje, le habían arrancado los ojos. Su rostro chorreaba sangre, aunque ésta se había secado y pegado a la piel. Todo lo anterior, sumado a que el difunto tenía la boca abierta, como si en ese momento gritase, contribuía a formar una visión bastante tétrica. La imagen impulsaba a salir corriendo, como hicieron los dos ayudantes de Carvajal, quienes se sintieron mal a la primera ojeada. El jefe soportaba el vómito, los mareos y el asco, porque algunas veces, en San Pedro, había presenciado espectáculos de tal tipo, y eso, a la larga, curte.

Pero la escena del hombre no constituía toda la película, ya que sobre la mesa de la cocina había otro cadáver: el de una mujer totalmente desnuda, con la garganta cortada por delante, al menos la mitad del cuello. Su cabeza, de cabellos castaños, repletos de sangre, caía hacia atrás, colgando de los tendones que la mantenían pegada al tronco, y éste a la mesa, aunque había olvidado lo que tuvo como remate de su anatomía. Su cuerpo presentaba varias heridas profundas y largas, y todo él era una masa sanguinolenta, una sucesión de laceraciones. Y el líquido de la vida, la que tuvo, estaba regado sobre la mujer, y bajo ella, encima de la mesa y por el suelo, además de en las pa-

redes, sobre los muebles de cocina, y allí donde uno dirigiese la mirada. Sería difícil dibujar en el techo figuras extrañas, más definidas que gotas o líneas, pero el asesino lanzó tal profusión de sangre hacia arriba que ésta terminó por configurar una pintura abstracta, como si hubiera usado una brocha. En verdad que lo que tenían ante sí era obra de una mente muy enferma.

—Nunca antes había visto algo tan terrible —dijo Carvajal, refutando la opinión de sus ayudantes de que en San Pedro eso era cotidiano.

El jefe Carvajal, o Gordo Carvajal, era un hombre de más de cincuenta años, grueso, calvo, sudoroso y mal vestido, que contrastaba con sus ayudantes: jóvenes, con buenas matas de pelo y pocas carnes. Con Torres coincidía en el descuido del vestir, aunque eso parecía privilegio de la antigüedad en el puesto de policía. Casares estaba en la etapa de hacer méritos: el primero estribaba en la puntualidad; el segundo, en parecer un verdadero policía; y el tercero, en no abrir el pico y en obedecer ciegamente. El resto no se lo había enunciado aún el jefe, pero lo aprendería paulatinamente.

Carvajal había trabajado en San Pedro, con la Policía federal, en el Departamento de Robos de Vehículos, pero no de delitos locales, sino de los que cruzan los límites interestatales y se convierten en transgresión federal. Un día, aburrido y harto de la ciudad, y más porque un tipejo le disparó aunque sin acertar, decidió regresar a su pueblo, para resolver algún insignificante hurto, detener unas peleas y pasarse las tardes en el porche del bar de Claudio, charlando con sus amigos. Eso sucedió hacía tres años, y ahora se enfrentaba con algo que jamás soñó en la ciudad.

—Y eso que usted está acostumbrado —dijo Torres, mirando hacia el vestíbulo y tapándose la boca con un pañuelo.

—Yo no voy a poder dormir esta noche —repitió Cristóbal.

Carvajal debía hacerse cargo de la situación, si bien no tenía idea de cómo. Ante sus hombres convenía mantener la autoridad, basada en el conocimiento, la experiencia y la facultad de afrontar casos como aquél sin pestañear. Le costaba trabajo permanecer ante los cadáveres sin vomitar, pero su rango así lo dictaba. Por tanto, decidió:

—Ya que nosotros no sabemos de esto, ni contamos con los utensilios necesarios, habrá que llamar a los federales. No toquéis nada, para no borrar las huellas. Y, mientras llegan, Cristóbal, vete a buscar al doctor Ferrer y le explicas lo que hay, por si tiene idea de qué hacer. Lo dudo, pero al menos que eche una ojeada. Tráete también a Segismundo, porque aquí hay mucho más trabajo que en la oficina. Tú —apuntó hacia atrás, sin mirar, hacia donde debía estar su otro ayudante— llama por la radio y que Adela se comunique con los de Homicidios de Ciudad Valdés.

—¿Será un rito satánico? —preguntó Torres, que se colocó a un lado de la puerta y miró hacia la calle.

—No sé qué será, pero estoy seguro de que es demasiado para este pueblo. Los Méndez eran buena gente, y nadie de por aquí les haría algo así. Ni siquiera matarían con tal crueldad a un animal.

—Ya me marcho, jefe —anunció Cristóbal—. Como voy a pie, tardaré más de media hora.

—Necesito la patrulla —dijo el jefe—. Que te traiga alguien.

—Yo voy a... —dijo Torres, caminando con rapidez hacia la salida.

—Está bien. Mientras, yo interrogaré a los vecinos. ¿Sigue ése ahí fuera?

La voz de Mauricio llegó lejana. Había decidido que estaba mucho mejor avisando a los federales, o a quien el jefe quisiese, que dentro de la casa. Por ello, cogió la radio y se comunicó con la comisaría. Podía haber contactado con el doctor por aquel medio, pero Carvajal quiso alejar a Cristóbal antes de que se desmayase. Seguramente tampoco necesitaba a Torres, pero alguien debía estar atento a la radio. Posiblemente los de Ciudad Valdés les diesen instrucciones de recabar algunos datos. No era un experto, pero podía asegurar que los dos muertos llevaban un buen tiempo en tal estado, por lo que las pruebas no serían nada recientes.

El jefe salió de la casa y fue directamente hacia el auto azul del vecino que los había avisado. Le conocía, pero no recordaba su nombre; así que simplemente le tuteó:

—¿Cómo lo descubriste?

El hombre salió del auto. Era un gordito de rostro colorado, que había dejado lo rosado aquella mañana para volverse cerúleo, con un tono amarillo similar al del pasto seco del entorno. Vestía un pantalón con tirantes y peto, de los típicos de agricultor, y llevaba una gorra sucia en la mano derecha, así como un humeante cigarrillo en la izquierda. Además de fumar, mascaba chicle con tal enjundia que indudablemente le dolían las muelas. Carvajal se había apoyado en el coche, por lo que el vecino hizo lo mismo, a su derecha, ambos de espaldas a la casa.

—Esta mañana, llamé a la puerta y no me abrieron. Se me hizo raro, ya que había quedado con Antonio para echar un vistazo a unos terrenos que vende su tío. Volví a llamar, y nada. Fui a ver si su coche estaba detrás de la casa. Al encontrarlo, imaginé que seguían dormidos, aunque ya eran las nueve. Puesto que había ido al patio trasero, me asomé por la ventana de la cocina. Me subí en uno de esos maderos... y —resopló— salí corriendo. No paré de correr hasta estar en casa. Dejé mi auto aquí —señaló el vehículo en el que ambos estaban apoyados—, porque no podía conducir. No sé cómo logré mover los pies. Cuando llegué a casa, le dije a mi mujer que...

12

—Nos llamó —cortó el jefe—. ¿No has visto a nadie extraño por aquí? ¿Ningún tipo merodeando?

—No. No he visto a nadie. Pero yo vivo un poco alejado. Opino que, si alguien pasó por el camino, le verían los Valbuena.

Señaló la casa más cercana, situada a unos trescientos metros. Su fachada daba al camino, y la construcción se ubicaba a unos veinte metros de éste. Contaba con un porche en donde seguramente sus habitantes pasaban alguna parte del día y las horas de la noche en que refrescaba.

—Ahora voy a verlos. Si quieres, vete a casa. Si te necesito, ya sé dónde vives.

—Bien, jefe. Todavía estoy temblando. ¿Quién habrá hecho esto?

—Uno de los millones de locos que hay sueltos en este mundo. Y lo peor es que, siendo la Tierra tan grande, ha tenido que venir a defecar a mi pueblo.

El vecino se quedó un segundo pensativo. No entendía algo, y trasformó en palabras su duda:

—¿Se dice defecar cuando les matan así de horrible?

—Pues no, pero viene a ser lo mismo.

El Gordo Carvajal se dirigió caminando hacia la casa más cercana, la de la familia Valbuena. El mediodía estaba al caer y el sol castigaba con rudeza a quienes anduviesen a la intemperie; y el jefe era, por su gran anatomía, su exceso de grasa y su poca condición física, un objetivo perfecto.

No necesitó llamar a la puerta, ya que ambos esposos se encontraban en el porche, intrigados por lo que acontecía en la casa cercana; no por la novedad del terrible crimen, pues la noticia de lo sucedido se propaló por el barrio como un reguero de pólvora, sino por lo que pudieran obtener los sabuesos. Habían transcurrido tres horas desde que se descubrieron los cadáveres, tiempo suficiente para que todo el mundo se enterase y estuviese a la expectativa.

Una vez que estuvo al amparo del tejado del porche, el Gordo se acomodó en una mecedora y aceptó un vaso de limonada que le ofreció la señora Valbuena. Luego, ante la ansiedad de noticias de la pareja, declaró que sabía lo mismo que ellos, excepto que él sí había visto la dantesca escena. Los vecinos se contentaron con el testimonio de quien descubrió la carnicería, y nadie se interesó por verificar si la descripción era correcta.

Sergio Valbuena quiso conocer los detalles morbosos, que pudo verificar ocularmente, con tan sólo desplazarse unos metros, pero tuvo miedo; mientras que Rosario, su esposa, prefirió eludirlos, por lo que se metió un momento en la casa, para que el jefe explicase la parte desagradable. Salió enseguida, al darse cuenta de que su curiosidad era mucho mayor que el escrúpulo que le produciría el sadismo de la matanza. Eugenio, pues así se llamaba el vecino de quien el jefe había olvidado el nombre, dijo que había sangre por doquier y que la mujer —ya que él, desde la ventana, no alcanzó a ver al hombre— tenía la cabeza colgando y parecía una oveja a la que hubiesen atacado varios lobos.

Una vez enterados de lo que los vecinos no pudieron describir y de quedarse pálidos por lo escuchado, se pusieron a disposición del Gordo, en lo poco que pudiesen aportar. Y sí habían visto algo, aunque no le concedieron importancia. Ahora comprendían que la tuvo, pero...

—¿Cómo iba yo a saber que se trataba de un loco?

Los Valbuena eran un matrimonio joven, que habían comprado aquella granja hacía cinco años, cuando él sufrió un accidente que le tuvo unos meses en cama. El seguro le pagó un buen dinero, y consideraron que en su empleo en la construcción había mucho riesgo, por lo que prefirieron cuidar gallinas. Tampoco supusieron que la civilización pudiese perseguirlos hasta el pueblo; pero ya estaba allí, y les mostraba uno de sus más terribles estigmas.

—Aún no sabemos nada —admitió el jefe—. Dices que ayer, como a las ocho, oíste el ruido de dos autos.

—Así es. Como fue domingo, vinimos a casa temprano, y yo estaba fuera, regando la huerta —señaló la parte delantera de la casa, entre ésta y la vereda—, cuando vi que pasaba el auto de Méndez. El ruido de escape mete mucho ruido, y desde lejos se sabe que viene. Y poco más tarde pasó un auto rojo, de los pequeños, esos japoneses o chinos. Fue hasta la casa de Méndez, y luego siguió un poco más adelante, hacia el bosquecito.

—¿No se detuvo ante la casa?

14

—Sí, pero un segundo. Parecía que buscara una dirección, o que estaba perdido. Pero siguió el camino, y yo supe entonces que se había perdido. Bueno, lo pensé, porque la senda acaba en el bosque. Tardaba bastante en dar la vuelta, así que imaginé que se quedó por allí. Ya sabes que, a veces, algunos muchachos acampan cerca del bosque. Y no había visto bien a los de dentro del auto. Podían ser muchachos. O una pareja que iba a... —miró a su esposa— lo de todas. Me metí en casa y se me olvidó el auto rojo.

—¿Entonces?

—Fue ella. —Señaló a su esposa.

Rosario era menudita, de rostro afilado, y contrastaba con su esposo, un tipo alto y grueso. Le gustaba hablar, pero no en casos como aquél, que le había producido un temblor que no se le quitaba desde las nueve de la mañana, y ya habían transcurrido tres horas.

—Yo salí al porche y vi un auto rojo que venía como de casa de los Méndez. Le dije a Sergio que ellos tenían visita. Y él me dijo...

—Que había visto ese auto una hora antes, pero que pasó

de largo. No entendimos qué hacía en el bosque.

—Ahora no tenemos dudas. ¿Sabes la marca y el modelo del coche?

—No, pero si veo uno, seguro que sí.

—Eso lo haremos después. ¿Visteis a quien conducía?

—No —dijo él, mientras ella negaba con la cabeza—. Ya estaba anocheciendo, y cuando pasó por delante no llevaba aún luces.

—Y yo le vi con luces, pero no distinguí al que iba al volante —dijo Rosario.

—Veremos si alguien en el pueblo le ha visto, o en la gasolinera. Por el momento, no sé ni por dónde seguir —reconoció el jefe de Policía—. Algo así es muy extraño, y casi seguro que el homicida no es de por aquí.

—¿Y vendría a buscar a los Méndez?

Carvajal meditó un instante. Ellos procedían de Ciudad Valdés y llevaban algunos años en el pueblo, los suficientes para ser considerados paisanos. Solían viajar en ocasiones a Ciudad Valdés, a visitar a sus familiares. Era posible que el motivo que les causó la muerte procediese de la ciudad, una venganza o algo parecido; pero lo sanguinario del acto no parecía propio de un ajuste de cuentas al estilo de la comarca, sino de un acto de un verdadero perturbado. Aunque cabía la posibilidad de que el homicida hiciese tal desastre para confundir a la Policía y alejar las sospechas de alguien cercano a los Méndez. Pero eso ya quedaba bajo la jurisdicción de los expertos, a quienes les pasaría el problema en cuanto se personasen.

—No sé. Cuando lleguen los federales y se hagan cargo, se pondrán a escarbar en la vida de uno y otro, y quizás hallen algo que ni imaginamos —supuso Carvajal—. Yo me voy a ver qué le han dicho a Torres.

—¿Crees que corremos peligro? —preguntó Rosario.

—Pues... no creo. Además, vamos a estar aquí un buen tiempo. Pero si os sentís más seguros, en Figueroa tenéis hermanos, y podéis pasar allí un par de noches, mientras vemos qué hacen los sabuesos.

—Eso habíamos pensado —dijo Valbuena—, porque Rosario está como un flan. Aunque sea por las noches... Aquí no va a pegar un ojo.

—Otra cosa más. ¿A qué hora le viste tú? —le preguntó el jefe a Sergio.

—Serían como las ocho y media. No eran las nueve, seguro.

—¿Y tú a qué hora le viste regresar?

—Una hora más tarde. Como un poco después de las diez.

—Bien, pues eso es todo por ahora.

—Algo así no había sucedido nunca —dijo Rosario, que nació en el pueblo, igual que sus padres, por lo que conocía bien su historia.

—Pero siempre hay una primera vez —filosofó el jefe—. Ya no son cosas que les pasan a extraños, en países lejanos.

—Va ser difícil de olvidar —aseguró Sergio.

El jefe se puso de pie, terminó la limonada y se dispuso a volver a enfrentar el sol del mediodía, o de inicio de la tarde. Abandonó la protección del porche de la casa de los Valbuena y se encaminó hacia la de los Méndez. Torres seguía en la patrulla, y el vecino ya se había marchado. Faltaban quince minutos para la una, y los cadáveres llevaban en tal situación, según sus cuentas, más de catorce horas, y las últimas con un calor de muerte. Si no los retiraban pronto y no los metían en hielo o en una cámara frigorífica, de las que el pueblo carecía, el ambiente se haría insoportable al cabo de unas horas.

16

El Gordo se acercaba a la patrulla cuando vio un coche que se aproximaba por el camino. Por el polvo que levantaba, se deducía que el conductor pisaba el acelerador con ganas. No sería el doctor, porque éste no corría por el asfalto, por lo que mucho menos lo haría por terracería. Y tampoco uno de los vecinos, ya que éstos conocían los baches, algunos tan anchos y profundos que parecían zanjas. Un pensamiento funesto le llegó a la mente: ¿y si volvía el asesino? Por la leyenda de que en los pueblos no pasa nunca nada, él no llevaba arma encima. Había una escopeta en el auto patrulla, pero no estaría cargada. La polvareda no permitía ver si el auto era rojo, ni tampoco el modelo. Apresuró el paso, por si acaso.

Llegó al vehículo en el que aguardaba su ayudante, quien salió a su encuentro. También le llamó la atención la polvareda, y no le comunicó a su jefe lo que había obtenido por la radio, a la espera de saber quiénes venían. Y no tardaron, porque la velocidad era alta. Una vez que estuvieron cerca, cuando el

conductor dejó de acelerar, vieron que se trataba de un automóvil negro, grande, lujoso y con vidrios polarizados.

—Son los federales —dijo el jefe, que ya había presenciado sus apariciones gloriosas en la ciudad—. Es asombroso que no hayan tardado ni siquiera una hora.

—Tienen buenos autos.

—Que les duran poco. Pero paga el Gobierno.

El vehículo se detuvo a unos metros de la patrulla. Se abrieron las puertas y salieron tres personas, con la típica actitud desafiante de enfrentar a quien fuese. En este caso no era necesaria, pero lo de «siempre alerta» venía en el manual de instrucciones. De la parte posterior apareció una mujer en blusa y falda; la primera prenda era de color azul claro, y la segunda, azul oscuro; llevaba pistola en el sobaco, colgando de manera que amenazaba caerse. Acababa de ponerse la funda al hombro, y aún no se la ajustaba, significativo contraste con lo de «siempre alerta». Era una mujer de unos cuarenta años, alta y un tanto pasada de peso, medianamente atractiva, de pelo rubio y faz pálida, con labios pintados de violeta o morado. El pelo lo llevaba corto y los ojos se ocultaban bajo las típicas gafas negras que hacen juego con sus coches ostentosos y lóbregos. Quien conducía era un jovencito de poco más de veinte años, delgado y de pelo negro, con un bigote muy fino y las inseparables gafas oscuras, con traje gris y corbata violeta o morada. Y el tercero debía de ser guardaespaldas, porque parecía un armario con las puertas abiertas. Era muy alto y fornido, y usaba una camiseta azul con un número a la espalda y un escudo sobre el seno derecho. La prenda estaba muy pegada a su cuerpo, por lo que destacaban sus grandes músculos.

La mujer se puso al frente del trío, con lo que demostró que era la jefa. Con pasos presurosos, se acercó al coche patrulla y alargó su mano. Aunque Carvajal llevaba un uniforme tan viejo y descolorido que parecía un atuendo de basurero, la mujer distinguió que era el jefe y se presentó:

—Soy la teniente Marcia Valcárcel, agente especial. ¿Es usted el jefe Carvajal?

—El mismo, señora. Me asombra que hayan llegado tan pronto.

—Llámeme teniente o Marcia, pero no «señora».

Los dos hombres se dirigían a la casa, pero la teniente los detuvo con un gesto. Seguramente ella quería entrar la primera, además de, antes, obtener algunas respuestas.

—Estábamos muy cerca. Hacía poco más de media hora que pasamos ante el pueblo, y dimos la vuelta de inmediato. Perseguimos a un psicópata, un asesino en serie especializado en parejas. Por radio, nos pasaron el informe de su gente, y nos apresuramos a llegar.

—Ya he visto lo de apresurarse. ¿Persiguen al tipo? Porque efectivamente se trata de una pareja, así que deben de estar en el lugar correcto.

—Llevamos un tiempo tras su rastro, que es bastante notorio. No sabemos su nombre; pero le hemos bautizado como Calígula, porque parece que obliga al hombre a presenciar cómo viola a la mujer.

—No veo la relación con Calígula —confesó Carvajal.

—No vio la película. En fin, que estábamos cerca y estimamos que es él. ¿Ha visto lo que ha hecho?

—Por supuesto. Algo atroz, terrible. ¿Es siempre así?

18

La teniente hizo un gesto de asco. Luego miró hacia la casa y respondió sin abandonar el mohín de disgusto. Carvajal entendió antes de que ella se explicase.

—A la espera de ver lo de ahí dentro, casi seguro que sí. Los asesina y los mutila de manera horrorosa, además de lo de la violación ante su pareja.

—Pues supongo que es el mismo —soltó el jefe—. Están muy mutilados, y al hombre le ha extraído ambos ojos.

—Lo de los ojos es una especie de firma.

—Un verdadero monstruo. No hemos tocado nada, teniente. Y nuestro forense todavía no ha llegado.

La mujer miró hacia sus subordinados. Con la mirada les comunicó que lo de no tocar también se refería a ellos dos.

—Se lo agradecemos. No vamos a encontrar mucho. Y si son huellas, ya las tenemos de casos anteriores, pero no coinciden con ninguna del archivo. En cuanto al semen, también lo hemos analizado, pero eso solamente nos habla de un hombre de unos cuarenta años, blanco y sin enfermedades venéreas.

La teniente se separó del auto para dirigirse a la casa. Carvajal se puso a su lado y apresuró el paso, ya que ella daba lar-

gas y rápidas zancadas. No sabía mucho de técnicas forenses, porque él solamente llegó a analizar las huellas en algún vehículo, pero había oído hablar de ellas. Le preocupaban más los actos del criminal que los estudios de la federal, por lo que preguntó:

—¿A cuántos ha matado?

—Lleva siete parejas, y posiblemente otras dos que estamos investigando. A éstas se las tardó en localizar, y se hallaban en un estado que no nos ha proporcionado muchos datos. Pero las había destrozado, lo que concuerda con su estilo.

—¡Caramba! ¿Y por qué ha elegido mi pueblo?

—No elige pueblos, sino que se mueve de un lado a otro, y va tras la pareja que le salga al paso. Prefiere mujeres de mediana edad, entre treinta y cuarenta, y siempre acompañadas. Al menos no sabemos de casos de menores o mayores, ni de mujeres solas.

Ya habían cruzado el vestíbulo y se asomaron a la cocina. Ninguno de ellos entró, y todos buscaron espacio en el umbral. No querían borrar posibles huellas, aunque la teniente ya había anticipado que no servirían de mucho. El hombre conducía un auto, pero no había registro de sus huellas en el Departamento de Vehículos.

—Es él —dijo, sin dudar.

—¿Qué procede? —preguntó Carvajal.

—No mucho. Hemos avisado a nuestro forense, que llegará dentro de una hora. Viene en helicóptero. Él se hará cargo. ¿Ha indagado algo?

—Un auto rojo, compacto, tipo japonés. Eso es todo lo que han visto unos vecinos. Los siguió hasta su casa, pero no se detuvo, sino que condujo hasta el bosque, lejos de su vista. Imagino que regresó caminando. Debemos preguntar en la gasolinera, o en el pueblo. Tal vez se haya detenido a poner gasolina, a comer o a comprar algo.

—Mide alrededor de un metro ochenta —la teniente sonrió—, tiene el pelo negro, la faz delgada y los ojos hundidos. Cambia de auto después de cada crimen, por lo que ya no será rojo ni japonés. Seguramente no tiene licencia de conducir y jamás ha sido fichado por la Policía. No sabemos si irá hacia el norte o el sur, pero no se alejará demasiado, como mucho cien

o doscientos kilómetros. Uno de nuestros grupos vigila el norte, por lo que nosotros iremos al sur, rumbo a Ciudad Valdés.

—Le conocen bien.

—Siempre hace lo mismo. Lo extraño es que la televisión ha dado detalles sobre él y la foto robot, pero nadie nos llama al verle. Por alguna razón pasa desapercibido. Pero actúa al menos cada dos semanas. Consideramos que usa el autobús para desplazarse de una ciudad a otra, y allí roba un vehículo, de un modelo muy común, vigila a las parejas y elige a las que salen del pueblo o andan por lugares oscuros o poco concurridos. Nunca ataca en un lugar del que no pueda escapar fácilmente y evita a los testigos. Prefiere casas en los suburbios, cerca de las carreteras.

Los oficiales federales salieron a la calle. Como dijo la teniente, el forense los informaría, y lo que debían hacer era averiguar la dirección que había podido tomar, porque del crimen cometido no obtendrían mucho.

—Vamos a preguntar por ahí —dijo el jovencito, señalando las granjas cercanas.

20

—Los únicos que le vieron fueron los Valbuena, y yo venía de hablar con ellos. Las demás granjas se encuentran un poco lejos para percibir su paso, y a tal distancia una identificación será muy imprecisa. La hora ya la conozco, y no hay mucho más. Éstos son mis apuntes. —Les ofreció la libreta—. Opino que en la gasolinera pueden haberlo visto. O quizás haya atravesado el pueblo.

—Éste no es buen lugar para esperar —dijo la mujer—. ¿Qué le parece si vamos a su oficina y me permite utilizar su computadora y conectarme a Internet? Quiero investigar algunos datos, entre ellos las carreteras y una posible ruta. Envíe a sus hombres a las salidas del pueblo, porque puedo jurar que ha abandonado el coche y habrá cogido un autobús. Por la dirección sabremos hacia dónde movernos.

—Pondré a mis hombres a trabajar en eso, y dejo aquí a Torres, para que no se toque nada mientras no aparezca su forense. Sus hombres pueden quedarse a recabar información. ¡Torres!

El agente se acercó a recibir órdenes.

—Que nadie entre. Si llega el doctor, dile que vendrá uno

de la ciudad, así que no toque nada. Llegará en helicóptero, y solamente él está autorizado a revisar los cadáveres. También debes ayudar en lo que te pidan los agentes federales.

—Muy bien, jefe.

—¿Nos vamos? —le preguntó a la teniente.

—No he comido nada desde anoche —dijo Marcia—. Le agradeceré si me muestra un lugar en donde conseguir algo.

—Podemos pedir una pizza, y la comemos en la oficina.

—Me parece muy buena idea.

*M*anzanos era un pueblo tranquilo, agrícola, situado a unos doscientos kilómetros al sur de Figueroa, en la misma autopista. Debido a su clima templado, lo elegían muchos jubilados para retirarse. A poca distancia había una cascada, una laguna y un bosquecito, destino de los paseos de los desocupados. Contaba con la ventaja de que, al no estar cerca de una playa, no era destino turístico, por lo que los precios no se disparaban, y se respiraba la tranquilidad de los lugares a los que «la civilización» afortunadamente ha olvidado. Aunque, como en el caso de Figueroa, eso estaba cambiando.

Aquella tarde de lunes, poco después del mediodía, algo sacudió el pueblo, todavía amodorrado por la inactividad del fin de semana, que se desvanecería entre el martes y miércoles. Una voz atronó en la zona residencial Los Álamos, al este de la población, e hizo que los vecinos saliesen de su letargo, las calles se llenasen de curiosos y sonasen las sirenas de la Policía. Facunda, una anciana del barrio, fue a casa de Simona Núñez, a la charla de todos los mediodías, poco antes de la comida, y se encontró con que su amiga había fallecido. Llamó a otras vecinas, éstas a una ambulancia, y con los paramédicos llegó una patrulla de la Policía. Misteriosamente, la ambulancia regresó a la clínica sin cadáver, cerraron la casa, un uniformado se quedó dentro de la patrulla, en la calle, ante la fachada, y a las cuatro y media de la tarde llegaron más vehículos con sirenas, de los que descendieron gentes con traje que irrumpieron en la vivienda, mientras más agentes acordonaban el jardín y el patio trasero. Algo muy extraño acontecía, algo que intrigó a los vecinos.

El teniente Arturo Palacios contemplaba absorto el cuerpo sin vida de la anciana. Ésta estaba sentada en un sillón frente al televisor, que continuaba encendido, ya que él había dado orden de dejar todo como lo encontraron, y, aunque no incluía el aparato, sus hombres le obedecieron sin pensar. La mujer tenía la cabeza hacia la derecha, apoyada contra una oreja del sillón, como si durmiese. Pero tenía roto el cuello, porque alguien, tras colocarse tras ella, le hizo girar la cabeza con un rápido movimiento. La mujer no se dio cuenta de lo que le ocurría.

Palacios era un hombre de unos cincuenta años, diminuto, delgado, con rostro afilado, gestos nerviosos y un carácter muy explosivo. Fumaba unos asquerosos puros, más bien los mascaba, y los tiraba a la mitad, prometiendo, por la memoria de su madre, que no encendería jamás otro. Las promesas no se cumplían, y él volvía a comprarlos, morderlos, semifumarlos y tirarlos con la punta llena de saliva. Se quitaba con asco los trozos de tabaco que quedaban en su boca.

—¿Es el mismo tipo?

Preguntaba uno de sus hombres, Aurelio Pereira, que fue boxeador de joven y tenía el típico rudo y aguerrido tipo de los púgiles. Pero de lo anterior solamente se le ajustaba el aspecto, puesto que era un hombre sumamente calmado, en lo que difería por completo de su jefe, quien no tenía traza de violento, y en cambio explotaba a la menor provocación. Podía decirse que constituían el estereotipo de la pareja de detectives de película, el bueno y el malo, aunque con los papeles invertidos.

—Creo que sí —respondió el teniente—. No varía mucho en su forma de actuar. Llegó por detrás y le dio un rápido giro al cuello, y se lo rompió. Y seguro que ha desvalijado la casa.

—Parece que sigue una ruta fija.

—Va hacia el sur. No se desvía mucho de la autopista A-3.

—Es la cuarta en estos tres meses, y la séptima en total. ¿Por qué descansa? Bueno, no digo que debería matar ancianas todos los días, pero se toma su tiempo.

—Imagino que no actúa mientras le dura el dinero.

Palacios se colocó detrás de la anciana. Tendría más de ochenta años, y la pobre no pudo ofrecer gran resistencia a la agresión, y eso si estaba despierta y logró darse cuenta. En caso de que dormitase, apenas debió de sufrir. Palacios se percató de

que él no podía repetir la operación del asesino, porque sus brazos no pasaban sobre el respaldo del sillón y alcanzaban la cabeza de la mujer. Debía empinarse mucho, y eso le restaba efectividad a la acción.

—Ponte tú —le pidió a su ayudante.

Pereira medía, más o menos, un metro setenta y cinco, unos diez centímetros más que el jefe. Puso sus brazos sobre el respaldo del sillón y las manos a ambos lados de la cabeza de la muerta. Él sí alcanzaba, aunque un poco forzado. De puntillas podía hacerlo, y no requería estar mucho tiempo en tal posición.

—Al menos alguien como tú. Ya lo habíamos calculado, pero este sillón es una buena referencia.

Un agente de uniforme se unió a la pareja. Se notaba que no era de los de Palacios, pues éstos, solamente dos, no usaban uniforme. Además el color azul claro le delataba como funcionario del Estado, no federal.

—El dormitorio está revuelto. Se ha llevado todo lo que había de valor.

—No lo dudábamos. ¿Cómo van con las huellas?

24

—Ahora les pregunto.

—Dile a Mario que baje.

Mario Ortúzar era el segundo de los federales que acompañaban al teniente Palacios. Él estaba con los técnicos en dactiloscopia, buscando lo que pudiera darle una idea del asesino. Imaginaban que se trataba de un hombre, por la fuerza y la estatura. Eso no descartaba a mujeres, pero también contaban con la información de un testigo que dijo haber visto a un hombre merodeando alrededor de la vivienda de una de las asesinadas. Usaba guantes, porque jamás dejó una huella. Encontraron, en un caso, la marca de la suela de un zapato, impresa en una alfombra del vestíbulo, y, aunque no podían asegurar que fuera de él, reforzaba la hipótesis de un hombre alto.

—¿Me ha llamado, jefe?

Mario era un jovencito, apenas salido de la academia, a quien le encargaban los trabajos más aburridos, como buscar huellas en todas las paredes y muebles.

—¿Hay algo?

—No mucho. Hemos encontrado algunas huellas, pero parecen de mujer.

—¿De la víctima?

—Y de alguna otra. Aún no sabemos si recibía visitas, ya fuesen amigas, parientes o servicio doméstico.

—No tenía criada —apuntó el uniformado—. Creo que sí que tenía dos hijas o tres, y una venía de vez en cuando. Ninguna de ellas vive en el pueblo. Al menos, mensualmente la visitaba una asistente social del Seguro. Eso se hace con todos los pensionados de edad avanzada.

—¿Alguna de ellas subiría a su alcoba? —preguntó el teniente.

—Es posible que su hija sí, al menos para arreglar la ropa. La asistente social no tendría por qué, a no ser que la señora estuviera en cama.

—Hay que enviar las huellas a analizar. Y ahora vamos a hablar con los vecinos. ¿Nos acompañas? —le pidió al policía de la localidad.

Abandonaron la casa, y al salir a la calle vieron que una multitud se amontonaba tras el cordón de retención que había organizado la Policía local. Conocían ya la noticia, porque se filtró por el medio habitual: un agente que llamó a su casa y le dijo a su esposa que no lo divulgase. Ésta se lo comunicó a su madre, con la misma indicación. Y la suegra del Policía se lo dijo a medio mundo, recomendando discreción. Y fue «a discreción», tipo metralleta, como la noticia recorrió la población.

Al primer vistazo, Palacios captó que sería difícil conseguir testigos. En Manzanos, al menos en las afueras, las casas disponían de abundante terreno, por lo que se ubicaban las unas bastante separadas de las otras. Por otra parte, todas ellas contaban con árboles frutales o de ornato, lo que impedía que se apreciaran bien las fachadas o las traseras de las casas. Por tal causa, enterarse de lo que acontecía en la puerta del vecino estaba reservado a quien transitase por la calle, ya que a él le quedaba la fachada de frente. Los consultados no vieron nada, con excepción de Manuela, una empleada doméstica que se encontraba arreglando el jardín de su casa, aquella mañana, cuando vio...

—Era un hombre de la compañía de gas.

—¿Entró por delante o tocó el timbre? —le preguntó Pereira.

—No, fue directamente atrás, a donde está el calentador del agua, junto a la puerta de la cocina. Pensé que habría una fuga.

—¿Cómo era el hombre?

—Pues un poco más alto que usted, y vestía la ropa de los gaseros. Y la gorra. Me parece que también llevaba gafas de sol.

Pereira era el encargado de anotar los datos obtenidos, mientras su jefe llevaba a cabo el interrogatorio. Éste era de rutina, como de manual, y cualquier otro detective lo hubiera llevado a cabo, pero el teniente quiso enterarse de primera mano.

—¿A qué hora, más o menos, lo viste?

—A las nueve y media. A las diez entré en la casa, porque suelo escuchar un programa de radio mientras limpio.

—¿Viste cuándo salió?

—No. Ya no estaba yo en la calle.

—¿En qué llegó? ¿En un coche?

La empleada doméstica hizo memoria. Luego negó con la cabeza, aunque lo reforzó con palabras.

—No vi ningún coche delante de la casa. Si llegó en coche, lo dejó por ahí.

26

Señaló las calles laterales, las que no se veían del todo desde su casa, pues se percibía justamente la conjunción con la alameda central. Podía ser que alguien prefiriera dejar el auto en una de ellas, por tranquilidad, aunque en la principal tampoco había mucho tránsito rodado, si acaso algunos niños en bicicletas.

—¿Y llevaba algo en las manos? ¿Herramientas?

La mujer puso las manos ante sí y fue abriendo la distancia entre ambas, para dimensionar lo que quería definir.

—Sí, ese estuche alargado que usan ellos. Era un gasero, o al menos vestía como ellos. Ya ve que van de color naranja.

—Los de algunas compañías —dijo Palacios—. Tenemos que investigar si una de ellas envió a alguien. Lo más seguro es que no.

—¿Cuántas gaseras trabajan esta zona? —preguntó Pereira—. ¿Todos visten de anaranjado?

—No, hay también los de verde. Pero la mayoría sí van de naranja.

—¿Algo más que recuerdes?

La mujer negó con la cabeza. Palacios miró hacia la casa del

crimen. Mario salía y se dirigía hacia ellos. El teniente fue a su encuentro.

—La anciana tenía una caja fuerte disimulada en la pared, tras un cuadro. El tipo la abrió con la combinación. No la forzó.

—Así que el tipo conocía la combinación. Eso es medio sospechoso. Me parece que alguien trata de inculpar de este asesinato al Mataancianas.

—Es lo malo de que salga en la tele. Luego todos los desquiciados quieren imitarle o cargarle con sus asesinatos.

—¡Jefe! —Pereira se acercaba, y tras él llegaba una señora de edad.

Palacios aguardó a que le explicasen qué ocurría. Fue el agente quien lo hizo, mientras la señora, de unos setenta años, asentía con la cabeza.

—Primero, que el tipo llevaba guantes, lo que es normal en los del gas.

—Lo suponíamos, pero con el disfraz de gasero nadie lo percibe como anormal. Si llevas guantes con este calor, te tachan de loco; pero en su caso es comprensible. Muy astuto.

—Y lo segundo: doña Florinda —cogió del brazo a la mujer que le acompañaba— dice que una mujer vino dos veces a visitar a la señora Núñez. ¿No es así, doña Florinda?

Se notaba que doña Florinda deseaba tener su minuto de gloria, aunque fuese ante la Policía. Luego narraría a sus amigas que ella había sido quien les había puesto sobre la pista que hizo que resolviesen el crimen, si lo resolvían. Y si no, ella había cumplido su parte, y la Policía no solucionó nada: algo muy natural.

—Una mujer joven, como asistente social —explicó Florinda.

—¿Y no sería asistente social? —inquirió Palacios.

—No la que nos visita normalmente —arguyó la señora, molesta por que el policía dudase de ella o de su conocimiento de si era o no la asistente.

—¿Y si suplía a la que los visita normalmente?

—No, porque ella también vino por esos días. Y la otra solamente visitó a Simona. —Le guiñó un ojo al teniente, dando a entender que no sería detective, pero tampoco boba.

—¡Ahhh! —El teniente movió la cabeza hacia los lados—. ¿Y cómo era ella?

—Alta, joven, delgada, guapa y... pelirroja. Eso fue lo que me llamó la atención, además de que vestía muy bien.

—¿Que fuese pelirroja?

Realmente era de llamar la atención, porque, aunque había mucha gente curioseando, ninguna de las mironas era pelirroja. No es muy común tal color de cabello, y menos en el trópico, por lo que la señora tenía razón en resaltar tal detalle.

—¿Conoce usted a las hijas de la señora Núñez?

—Sí, a las dos, y a su nuera. No, no era ninguna de ellas. Esas desagradecidas nunca vienen a visitar a su madre.

—Entiendo. ¿Y entró en la casa?

—Sí, y se quedó buen rato las dos veces.

—¿No percibió algo sospechoso? ¿No podría adivinar de quién se trataba? ¿Una vendedora?

—No la hubiese metido en su casa.

—¡Claro! —aceptó Pereira—. ¿Y si le iba a mostrar algo? ¿Unos cosméticos?

28

—¡Vaya edad la de Simona para cosméticos! No, nada de eso. La conocía de algo o era una pariente. Su hermano se fue de Manzanos hace años, y creo que tiene hijos.

—Una sobrina... —Palacios hizo un mohín con la boca—. Podría ser.

No obtuvieron mucho más en el barrio, por lo que la investigación se trasladó a las gaseras. La de los «naranjas» era Gasera del Sur, la que más clientes atendía, y no habían recibido ninguna queja ni les habían reportado una falla que justificase enviar a un técnico. Por otra parte, ellos llamaban en la puerta del frente, y no iban directamente hacia donde pudiese hallarse la falla. Llamaban y se identificaban. No, no era uno de los suyos. En cuanto al uniforme... Pereira se puso uno que le prestaron, una gorra y las gafas, y la testigo encontró que el «otro» no llevaba aquellas letras en la espalda.

En la oficina de la Policía municipal, Palacios obtuvo un dato que habían pasado por alto: en el asesinato de la segunda anciana de la lista, un hombre vestido con ropa naranja, de gasero, fue visto en la esquina de la calle, a varios metros de la vivienda donde se efectuó el crimen. No estaba ante la casa, o

junto a ella, por lo que solamente alguien lo mencionó cuando le preguntaron si vio gente alrededor. Respondió que había unos niños jugando, una mujer llegaba con paquetes de su compra, pasó un coche con dos jóvenes, y un empleado de una compañía de gas atravesaba la calle en la esquina. Muy buena retentiva la del testigo, pero en ese momento ninguno de los descritos fue considerado sospechoso.

—Dos veces andaba cerca el del gas —dijo Palacios—. Voy a pedir al capitán que envíe a unos muchachos para que vuelvan a interrogar a los testigos de los otros casos, y que insistan con lo del gasero.

—¿Y la pelirroja? —preguntó Pereira—. ¿Crees que tiene algo que ver o será coincidencia?

—Lo que sea, pero debemos investigar. A ella hoy no se la ha visto, pero me gustaría saber qué relación tenía con la señora Núñez. Y me parece sospechoso que el ladrón conociese la combinación.

—Imagino que alguna de las hijas sí, por si... le ocurriera algo a su madre.

—Pero la pelirroja no es una de sus hijas.

—¿Y si es una amiga de alguna de ellas? La dejaba entrar en su casa.

—Me huele medio mal este asunto.

Palacios se quedó pensativo. Pereira abrió una libreta y buscó en una página. Leyó en voz baja, y luego en voz alta:

—A todas les robaron, pero ninguna tenía caja fuerte.

—¿Ves cómo huele mal? En este caso, alguien quiere despistarnos.

Pereira siguió leyendo su libreta, en voz baja, buscando algún detalle en el que no hubiera reparado. No había nada, al menos algo que coincidiera con el caso que les ocupaba. Lo del gasero era una pista, pero no leyó nada de una pelirroja.

La teniente Marcia Valcárcel, tras la pizza, había aceptado tomar café con el jefe Carvajal, y ambos charlaban en el despacho de éste. Ella había determinado que el asesino iba rumbo al sur, ya que cometió los dos anteriores asesinatos más al norte, y avanzó en dirección meridional, pero necesitaba asegurarse,

lo que haría si el psicópata no modificaba su patrón de conducta, y por ende abandonaba el automóvil y se subía a un autobús. Requería saber hacia dónde, y para ello movilizó a todos los federales a lo largo de la autopista. Eran las cinco de la tarde, y aún no tenían noticias.

Mientras esperaba, le hablaba a Carvajal sobre los otros casos. El jefe sorbía las palabras de ella, sumamente asombrado de tanta barbarie. Y también lo estaba de no haber oído cosas sobre el tipo, aunque desde que se recluyó en el pueblo se había olvidado de las noticias, a no ser las locales, la de los bares o la barbería. La mujer estaba empezando una historia truculenta en la que el protagonista era Calígula.

—La pareja estaba en un supermercado, y no se percataron de que un tipo los seguía. Cuando preguntamos a los empleados, uno nos dijo que el sospechoso anduvo en los mismos pasillos que la pareja. Como la mujer estaba muy bien, el empleado supuso que era el típico fisgón, el que babea ante una buena hembra.

30 —¿No avisaron a la Policía? ¿O a la seguridad del supermercado?

—No había razón para ello. Que un tipejo se masturbe mentalmente viendo a una mujer, aún no es delito.

Carvajal soltó una carcajada. Hacía unos años que estaba viudo, y no solía charlar con mujeres tan... «explícitas», ya que las del pueblo empleaban un lenguaje menos gráfico. Le gustaba la teniente, aunque sabía que ella se iría al día siguiente, y lo único en común que obtendría sería el café de aquella tarde. Lástima, porque en Figueroa no había mujeres como ella, liberadas pero no tanto como las del bar de Clemente.

—Cuando salieron del supermercado, subieron a su camioneta. Se dirigían a una cabaña en las montañas, no lejos de allí, donde proyectaban pasar el fin de semana. Un empleado de limpieza estaba arrojando basura a un contenedor cuando vio a la pareja, que salía del estacionamiento. Y seguidamente se fue otro coche. No le prestó ninguna atención, pero luego lo recordó. Conocía a la pareja, porque eran asiduos, y, si bien no sabía sus nombres, los identificó de inmediato. A quien conducía el otro auto apenas le vio de refilón, pero era flaco como nuestro homicida.

—¿Cómo supisteis que estaban muertos? ¿Supongo que alguien descubrió los cuerpos?

—No, no fue una llamada, como ahora. Ellos salieron hacia la cabaña la tarde de un viernes, y el lunes ninguno se presentó a trabajar. El martes, la madre de la mujer llamó a la Policía. Sabía adónde habían ido, por lo que unos agentes se dirigieron directamente a la cabaña. Fue algo horroroso. ¿Quieres oírlo?

Carvajal estaba interesado, y la imagen espeluznante de horas antes comenzaba a difuminarse, aunque un remanente no abandonaría su mente hasta al cabo de varias semanas o, quizá, de meses. Aun estimando lo espantoso de la narración, escuchar sería más digerible que ver. Aseveró con la cabeza.

—Me gustaría, aunque imagino que me pondrá los pelos de punta. ¿Algo como lo de los Méndez?

—Mucho peor, porque Calígula contaba con tiempo. Intuyó que tenía todo el fin de semana y se cebó en ellos.

—Me parece que para escuchar eso necesitaría una copa.

—¿Es una invitación? —A Marcia se le iluminaron los ojos.

Carvajal miró su reloj. Eran ya las siete de la tarde, por lo que podía decir que había terminado su horario, pero si consideraba que éste terminaba cuando ya no quedaban cosas pendientes, seguía en servicio activo.

—Podemos ir a algún bar —propuso.

—Nosotros pasaremos aquí la noche; partiremos mañana —dijo ella, como aceptación—. Tenemos todavía algunos datos que recabar. Enviaré a mis hombres a localizar al conductor del autobús, cuando sepamos que se fue en uno. Luego, que nos proporcione la dirección o nos diga en qué parada se apeó.

—Bien, digeriré mejor la historia con una copa en la mano. ¿Usted bebe?

—Fuera de servicio.

Ella le guiñó un ojo, y Carvajal intuyó que no tomaría limonada. Volvió a reafirmarse en que le gustaba la teniente, lo que nunca antes había pensado de alguien con rango.

—Pues vamos —sugirió.

Antes de salir del despacho, aparecieron los hombres de la teniente, acompañados por Cristóbal. Se les notaba, en los rostros, que habían conseguido algo. Y lo dijeron de corrido.

—Dejó el coche en la intersección de un camino vecinal, cerca de una parada de autobús.

—¿Sabemos qué autobús cogió? —preguntó Marcia.

—Si fue como a las once de la noche —explicó el jefe—, sólo pasan dos, y uno llega únicamente a Puente de Salces. Quizás haya pernoctado allí, porque no hay otro transporte hasta la mañana. El segundo va hasta Ciudad Valdés y suele pasar alrededor de las doce de la noche. En la otra dirección, solamente los de San Pedro y uno de Villegas, pero no tan tarde. Imagino que no esperó al de las cinco de la mañana.

—¿Y si hizo autostop? —propuso la teniente.

—No creo que, en plena noche, alguien se arriesgue a llevarlo. Lo que no entiendo es por qué abandona el auto.

—Porque es robado —aclaró Marcia—. Sabe que la Policía de carreteras anda tras los autos robados, y que no lo puede tener mucho tiempo en su poder. Lo usa lo necesario, y pronto lo cambia por otro. Por carretera procura viajar en autobús y de noche. A esa hora hay menos retenes, se tarda menos de un punto a otro, e incluso los viajeros van dormidos y prestan poca atención a los demás.

32

—Entonces hace unas dieciocho horas que llegó a Ciudad Valdés —opinó Carvajal—. No creo que se haya dirigido a Puente de Salces, porque es un lugar muy pequeño; ni siquiera encontraría dónde quedarse. Por otra parte, el autobús es local, así que el conductor prácticamente conoce a todo el mundo, por lo que nos daría detalles de él.

—Pero hay varios pueblos entre éste y Ciudad Valdés, y puede bajar en cualquiera. Que den la alerta en cada población de la carretera —ordenó Marcia—. Nos vamos mañana temprano. Necesito que se interrogue a todo conductor de autobús que haya pasado por aquí, en cualquier sentido, anoche, a partir de las nueve.

—¿En qué podemos ayudar? —ofreció Carvajal.

—Me parece que el problema ya ha salido de su pueblo —dijo Valcárcel—. Mi gente buscará a los chóferes, y espero que para mañana tengamos un lugar adonde dirigirnos. Hoy solamente me queda pendiente la copa a la que me va a invitar.

—Y me termina de relatar el caso de la pareja de la cabaña.

—Si aguanta, le relataré un par de ellos más. —Se dio la vuelta hacia sus hombres, para recordarles—: Necesito saber mañana temprano adónde nos dirigimos.

—Movilizaré a nuestra gente de Ciudad Valdés, para que nos echen una mano con las compañías de autobuses —dijo el joven.

Un día antes, cerca de las diez y media de la noche, un camionero se detuvo al ver al hombre que le hacía señas con los brazos en alto. Estaba junto a un automóvil rojo, en la intersección de un camino vecinal y la autopista. Parecía que se le había averiado el vehículo y que necesitaba ayuda. Él tenía el hábito de ayudar, por la simple razón de que vivía en las carreteras y algún día necesitaría que alguien le echase una mano. No entendía a los que pensaban que a ellos jamás se les estropearía el vehículo y pasaban de largo ante un problema.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó, asomándose a la ventanilla.

—Me he quedado sin gasolina. He avisado a mi mujer — señaló hacia atrás, donde debía de haber alguna casa—, para que venga a buscarlo. Pero me urge estar en Bañuelos mañana temprano, y el autobús ya se está tardando.

—Yo voy hasta Ciudad Valdés. Le puedo dejar en Bañuelos.

—Si me lleva, le invito a cenar.

—Pues suba, y no se hable más del asunto. ¿Tiene que recoger equipaje?

—Esta mochila.

El autostopista cogió su mochila y subió a la cabina del camión. Cuando se sentó y le dio la mano al conductor, de reojo miró hacia el coche que se quedaba en el camino vecinal. Esperaba no haber olvidado nada importante.

—Me llamo Manuel —dijo.

—Yo... Bueno, me llaman Navas.

—¿Llevas mucho en la carretera?

—¿Mucho...?

Navas había conseguido con quién charlar, y eso le ayudaría a no dormirse. Llevaba una racha que... Manuel parecía de los que escuchan.

Y

Marcia y Enrique ya habían tomado la primera copa, y eso dio motivo para que se tuteasen. Al pedir la segunda ronda, la teniente continuó su narración:

—Cuando se realizó la reconstrucción de los hechos, se dedujo que Calígula llegó tras ellos a la cabaña, en un auto robado que después fue localizado en una barranca. La pequeña casa se ubicaba en la zona boscosa, al sur de Villegas. No estaba sola, pero sí a cierta distancia de las otras. El espacio era amplio, y resultó que muy pocos acudieron aquella tarde de viernes a disfrutar de la tranquilidad. Hacía frío, y eso jugó a favor del asesino.

—¿Elige por casualidad o conoce a sus víctimas? —preguntó el jefe.

—Debe de ser casualidad, porque no es posible que conozca a una pareja en cada pueblo. Imagino que fue tras ellos, sin saber adónde, y tuvo suerte.

—¿Y si hubiera habido vecinos?

34

—Lo mismo que aquí. Si los amenaza, no gritan. Hay que considerar que son una pareja, y uno, además de su vida, mira por la del otro. Juega con ventaja.

El jefe asintió con la cabeza. Debía reconocer que él estaba ya un poco obsoleto en deductiva de homicidios, y si eligió regresar a su pueblo en parte fue porque reconoció sus carencias y previó un tedioso futuro persiguiendo a ladrones de autos. Por otra parte, cuando se envejece, se valora más la tranquilidad, y la ambición es mucho menor, además que muy distinta.

—Como tuvo la fortuna de que no había nadie por los alrededores, pudo actuar a sus anchas. Dedujimos que llamó a la puerta, con alguna excusa, porque no hallamos signos de violencia. Allí, los amenazó con un arma. Para asesinar, no ha usado otra cosa que cuchillos, pero creo que lleva una pistola. Sus víctimas nunca se defienden, lo que sugiere una influencia coercitiva más atemorizante que un cuchillo.

—¿Siempre las desuella así?

—Se ensaña con ellas. Una vez que los tuvo a su disposición, los llevó a la cocina. Elige ese lugar porque ahí hay cuchillos. Amarró al hombre al frigorífico, lo que suele hacer habi-

tual, aunque ha usado alguna columna o un gancho en la pared, y ultrajó a la mujer ante sus ojos.

—¿Lo mismo que aquí?

—No, allí fue mucho peor. Aquí no contaba con tiempo, o, al menos, ignoraba de cuánto, y se apresuró. En la cabaña, tuvo amarrada a la mujer dos días y la violó varias veces, siempre ante los ojos de su esposo. Sabemos que el hombre estuvo atado todo el tiempo, sin poder moverse, defecando y orinando sobre sí mismo. No le dio agua ni comida desde el viernes hasta el domingo por la mañana, es decir: nunca; y lo mismo a ella. Ambos presentaron síntomas de deshidratación. Imaginamos que la violaba siempre en la cocina y que luego la llevaba a la sala, donde la ataba junto a la chimenea. Ella también se hizo sus necesidades encima, lo que no le importó a Calígula. La tuvo desnuda, justo tapada con una manta cuando la vigilaba en la sala, y sin nada cuando la llevaba a la cocina.

—¡Qué horror!

—Se comió todas las provisiones que ellos habían comprado, se bebió lo que encontró y durmió en el suelo de la sala, sobre la alfombra, cerca de la mujer.

—Así que el esposo estuvo inmóvil todo ese tiempo.

El Gordo entendió que los Méndez fueron afortunados dentro de su terrible desgracia, y simplemente porque el asesino imaginó que alguien podría sorprenderle, o no quiso quedarse en la noche, sino aprovecharla para escapar. A la pareja de la narración no le cupo tal suerte, al haber elegido una cabaña aislada, en donde no esperaban ser molestados: tal privacidad jugó en su contra. Nadie sabe dónde le espera el infortunio, y tampoco por qué medio. Un fin de semana tranquilo, como muchos otros, y todo cambia porque un tipejo se detiene en un pueblo y entra en un supermercado. El destino es incomprendible y muy injusto.

—Efectivamente, arrodillado, sentado o de pie junto al frigorífico, cagándose y meándose en los pantalones, imaginando lo que podía ocurrir en la sala, o viéndolo en la cocina.

—¿Y al final? —Carvajal tragó saliva y luego un sorbo de cuba libre. No quería dibujarlo en su mente. Con las palabras tenía demasiado para no dormir, sin necesidad de recrear escenas.

—Sacó los ojos al marido y violó a la mujer otra vez; él ya estaba ciego y solamente podía escuchar los quejidos de su esposa. Eso lo imaginamos, ya que la operación en los ojos fue bastante antes de que lo asesinase. Al final los mató a ambos, el domingo por la mañana, y se fue tranquilamente.

Carvajal sabía que habría un colofón sádico y que ella se lo contaría. Había esperado lo de los ojos y estaba preparado para oírlo sin sentir escalofríos. Casi lo logró.

—¿No se mancha la ropa con la sangre?

—Hemos colegido que actúa completamente desnudo. Se lava en la cocina o en un retrete. Antes de comenzar su labor, se desnuda, y luego se baña en sangre. Le encanta embadurnarse con ella y esparcirla por doquier, lanzarla al techo. En la alfombra de la cabaña quedó impresa su silueta, en sangre. Y ya has visto cómo deja las paredes.

—¡Bestial! Nunca había escuchado cosa tan atroz.

La teniente miró su reloj e hizo un mohín de desagrado. Ya era casi medianoche. El tiempo había pasado como una exhalación. Carvajal lo percibió y preguntó:

36

—¿La última y cada quien a su casa? Mañana hay que comenzar temprano.

—No he reservado habitación en el hotel, y tampoco se lo encargué a mi gente. Espero que no estén todas ocupadas.

—En principio no hay hotel, solamente una fonda, y nunca se llena. Y si no hay cuartos, yo vivo solo, y en una casa muy grande.

—¿Me estás invitando?

—Si no tienes donde quedarte... Somos colegas.

—Primero debo comprobar en la fonda que dices. ¿Y si no voy a enterarme? —Ella soltó una carcajada que dejó perplejo a Carvajal—. Consideraré que está llena.

El jefe sonrió. Levantó la mano para pedir la cuenta. Le gustaba aquella teniente federal: era muy directa y no se andaba por las ramas.

—Podemos tomar la última en mi casa —propuso.

—Lo decidimos cuando estemos allí. No tengo mucha sed.

El jefe sintió un repentino sofoco. Parecía un colegial a quien la muchacha de su obsesión le acabase de decir que aceptaba ir al cine. ¿Estaría él a la altura de las circunstancias? Bue-

no, lo intentaría. No había defraudado a nadie, al menos, últimamente. Claro que, como todos, podía mencionar alguna ocasión, con muchas copas...